

si Lutero aniquilaba la moral, negando el libre albedrío, y calificando las buenas obras de *noci-vas á la salvacion*; no la destruía menos en su raíz Calvino, por el dogma inaudito de la inamisibilidad de la justicia, por la que justificado una vez el hombre, lo estaba ya para siempre, y por mas crímenes que cometiera, estaba perfectamente seguro de salvarse. Ambos llegaron al mismo término, es decir á la completa abolicion de los deberes; enseñando ser la fe, una y la sola obligacion del cristiano, libre de toda ley eclesiástica y divina en virtud de la *libertad*, por él adquirida en el bautismo. No se atrevieron á exceptuarle tambien de la obediencia á las leyes civiles, aunque sus principios llegaban hasta ello. Pero los metodistas, como buenos lógicos, dieron este último paso, y pusieron como uno de los artículos de su simbolo, el no reconocer en el órden religioso y político ningun otro superior que Jesucristo. No temo decirlo: esta máxima no será estéril. Cuando el infierno, por especial permiso de Dios, prepara calamidades muy graves al género humano, y presenta el espectáculo de algunos crímenes

enormes, infunde un error en el mundo, y deja al tiempo que haga lo demas.

No es mi ánimo describir la Reforma segun todos sus extravíos, ni menos recordar las insensatas opiniones abortadas por ella, visto, seria mas fácil contar las nubes que de paso amortiguan el brillo del sol en un dia tempestuoso. En vano se afanaban por contener este torrente desbordado de Religiones nuevas; la Escritura, esta *regla perfecta de la fe*, nada concluía, callaba, ó si hablaba, lo hacia en un lenguaje diferente para cada sectario. Con la Biblia en la mano se enseñaba el pro y el contra, el sí y el no con una confianza imperturbable. Reconociendo los reformadores, que se les huían una tras otra todas las verdades del Cristianismo, quisieron, á imitacion de los católicos, conservarlas por la fuerza de la autoridad; mas este medio, exterminio total de la Reforma, no tuvo otro resultado, que dejarles ver la desesperacion á que los habia ella conducido. Sé reían de los sinodos, de sus anatemas, de sus decretos, y al mismo tiempo cada uno continuaba dogmatizando segun sus caprichos.

El medio de conciliacion no tuvo ya efecto alguno. No alcanzó á mas que á ciertas reuniones aparentes, á tratados parciales de tolerancia, que sobretexto de caridad, infundian en los espíritus el hábito de juzgarlo todo indiferente. Era tambien un escándalo, nunca visto en el Cristianismo, la conclusion de negociaciones religiosas, por cuyo medio se pensaba obtener la paz, y en las que se hacian concesiones mutuas de dogmas; cediéndose de parte á parte artículos de fe, como príncipes cansados de una guerra devastadora, se cederian territorios y ciudades, estipulando además impias indemnizaciones en cambio de las verdades que se abandonaban.

Los católicos, testigos de estos cambios interminables, por ellos antes previstos, intimaban á los novadores para que por último declarasen donde pensaban pararse, procurando hacerles ver por esta multitud de profesiones contradictorias de fe, la unidad, caracter esencial de la fe verdadera, como lo dice San Pablo, *una fides*¹. La Religion cristiana, les decian, fundada

¹ *Ep. ad Eph.*, IV, 3.

sobre la revelacion, es inmutable como esta; toda secta que varía en su doctrina, no tiene el caracter esencial de la Religion de Jesucristo. Bossuet desenvuelve este formidable argumento con ciencia profunda y con toda la fuerza lógica, en la Historia de las variaciones, modelo sin par de analisis y elocuencia. Confundida la Reforma, enmudeció ó mas bien confesó las variaciones patentes, con que se le daba en rostro, y aun se admiró de no haber variado mucho mas¹ tanto como todo esto conocia ella misma su inestabilidad.

Habiendo hecho la Reforma una confesion tal, no le era posible de modo alguno el defenderse, sino sosteniendo que los dogmas en que habia hecho variaciones, no eran esenciales en si mismos, y que se podia desecharlos ó admitirlos sin cometer un atentado contra el Cristianismo, y sin excluirse del derecho de salvarse. Asi nació el sistema de puntos fundamentales, que reducen la fe necesaria á ciertos artículos, por definir, y

¹ Véase BURNET, *Crit. des variat.*, pag. 7, 8. JURIEU, *Lettres* V, VI, VII, VIII, año 1686. BASNAGE, *Rép. aux Variat.*, Pref.

que tolera todo lo demas como indiferente, fijando tambien al mismo tiempo, la libertad de creer todo, sin excepcion de los errores mas execrables, y de negarlo todo incluso, el mismo Dios.

Viérouse aun los protestantes impelidos á este sistema con fuerza mucho mayor, á causa de la controversia sobre la Iglesia, controversia, cuya decision debia definirlo todo, y que, por lo mismo se dedicaron los católicos á ilustrar con particular esmero. Como debo tratar este punto tan esencial mas adelante, no hablaré aqui mas que lo preciso para que se perciba como la Reforma se vió forzada, y tuvo que abrazar la doctrina de los artículos fundamentales.

Siendo la verdadera Religion una esencialmente, al modo que la verdad, la Iglesia que profesa esta religion es decir *la verdadera Iglesia* es por lo mismo una sin réplica. *Unus Deus, una fides, unum baptisma*¹.

La Religion no es un simple pensamiento sepultado al fondo del espíritu; es una creencia manifestada exteriormente por un culto con-

¹ Ep. ad Eph., IV, 5.

servador de los dogmas, y hecho sensible con actos externos, por ser este culto la expresion de los mismos dogmas, y al mismo tiempo de la Religion; conque la Iglesia, ó la reunion de los fieles que profesan la Religion verdadera, es una sociedad *visible*. Además, ó la Religion no es mas que un ser moral, una mera abstraccion, ó hay hombres que creen las verdades que ella enseña; luego para creerlas deben conocerlas, para conocerlas deben tambien oirlas anunciar: *La fe viene del oido*, dice el Apóstol; *Cómo creerán aquellos que no oyeron, y cómo oirán si no se les predica*¹.

De aqui es, que la Iglesia se compone precisamente de pastores que enseñan, y de un pueblo que cree las verdades enseñadas; como el pueblo y los pastores son seres visibles, se sigue claramente que la Iglesia es visible, el Evangelio la supone tal, representándola como *una ciudad edificada sobre la montaña*². Como un tribunal donde los cristianos deben presentar sus

¹ *Fides ex auditu... quomodo credent ei quem non audierunt. Quomodo autem audient sine predicantibus?* Ep. ad R., X.

² MATTH., V 14.

diferencias, *dic Ecclesiae* : ¿ Podrá dirigirse alguno para ser juzgado á un tribunal invisible? Fuera de esto, Jesucristo ha prometido á los pastores *que enseñan* asistirlos *todos los dias*¹, hasta el fin de los siglos : luego la Iglesia ha sido y será siempre visible.

Habiendo Dios establecido la Religion no solo para algunos, sino para todos los hombres, la Religion establecida por Dios, subsistirá perpetuamente, con arreglo á sus promesas, *omnibus diebus* : luego la Iglesia es *católica* ó universal, cuanto al tiempo. Jesucristo mandó á sus apóstoles que anunciassen el Evangelio á *todas las naciones*, *docete omnes gentes*² : luego la Iglesia por su misma institucion es católica, ó universal cuanto á los lugares.

No debiendo acabar nunca la verdadera Religion, y debiendo la sociedad de los que la profesan ser siempre visible, deben sucederse los pastores sin interrupcion alguna, de modo que, en

¹ MATTH., XVIII, 17.

² *Ibid.*, XXVIII, 20.

³ *Ibid.* 19.

todas las épocas de su permanencia, se pueda remontar por una sucesion no interrumpida, desde los pastores actuales hasta los apóstoles : luego la Iglesia es apostólica.

Estas nociones, fundadas sobre el juicio y sobre textos formales de la Escritura, se confirman además por una tradicion unánime, por la autoridad de los concilios y los Padres, por los escritores eclesiásticos de todos los siglos, por las liturgias y la historia entera de la Iglesia desde su origen: de modo que la razon, los libros santos, el consentimiento de todos los siglos, todo concurre á presentarnos dichos caracteres como otras tantas señales distintivas de la verdadera Iglesia.

Admitidos estos principios, que no se pueden negar sin destruir plenamente el Cristianismo, los protestantes que atacaban una Iglesia establecida desde tan larga serie de años, estaban obligados á probar dos cosas : Que la Iglesia católica no tenia los caracteres esenciales de una Iglesia verdadera, y que los tenia todos y exclusivamente la Reforma.

Tan luego como la cuestion se hubo reducido

á estos términos tan sencillos y precisos, era muy difícil pintar las angustias de los novadores, viéndose convencidos de que ni les era posible probar la existencia de una de las señales de la verdadera Iglesia, aun con alguna verosimilitud, ni excusarse de reconocerlas en la Iglesia antigua, de que se habían separado.

Pero qué respuesta podían dar, cuando los católicos, apoyados sobre máximas tan incontables, y hechos tan claros como la luz del día, les hablaban así: La fe es *una*, y vosotros no habeis podido conveniros en la fe conviniendo en un símbolo comun, ni tampoco habeis podido contentaros con alguno de los muchos símbolos, que cada uno de vosotros tiene sucesivamente adoptado, sino que *fluctuando por acaso, como niños abandonados á su misma debilidad, y dejándoos llevar por todo y cualquier viento de doctrina*¹, no habeis sabido sino andar errantes de dogma en dogma, de unas opiniones en otras, siempre incapaces de fijar la inconstancia de vuestro espíritu, y la inestabilidad de vuestra fe:

¹ Ep. ad Eph., IV, 14.

con que vosotros no formais ni sois la Iglesia santa que Jesucristo fundó sobre una inmóvil roca¹.

La verdadera Iglesia es *una*, y vosotros estais divididos en mil sectas, esencialmente opuestas, que tan pronto se toleran como se excomulgan mutuamente; con que no sois la verdadera Iglesia.

La Iglesia verdadera ha sido siempre *visible*; ¿dónde ha estado vuestra Religión antes de Lutero? Decidnoslo. ¿Mostradnos como antes de este fraile apostata, ha existido una sociedad que profesara vuestra doctrina? ¿Callais? Observad bien que el callar, tratándose de justificar uno su fe, es confesar que no hay nada que responder, y condenarse á sí mismo irremisiblemente. Entoncez se les ve revolver inquietos y fogosos los anales de la heregía, recoger en el monton retazos llenos de errores, y apresurarse por reunir entre los vestigios del tiempo, y á distancias lejanas, los impuros restos de algunos sectarios olvidados, para hacerse un rico vestido, y

¹ MATT., XVI, 18.

presentarse llenos de gloria; pero sin poder, á pesar de todo, cubrir su deshonrosa desnudez. Si hallan en el quinto siglo un Vigilancio, enemigo de las santas reliquias; en el décimo siglo, un Berengario, que negaba la presencia real; se ve que estos heresiarcas condenados por la Iglesia entera, desde luego que se presentaron, casi no tuvieron discípulos, y que uno de ellos abjuró públicamente sus errores impíos. Sin tener por otra parte algun error comun, variaban con respecto á los reformados, aun en puntos de la mayor importancia. Trabajan, pues, en vano estos por levantarlos de la tumba, á fin de que sus reprobadas sombras los adopten. Escápanseles los diez siglos primeros, y se ven precisados á buscar predecesores entre los albigenses, infame colonia de los maniqueos, que pasaron del Oriente á Italia, y de aquí a las Galias, cuyos habitantes escandalizaron por sus crímenes nunca vistos; entre los vaduanos, puñado de fanáticos oscuros, imbuidos en muchas opiniones, ya desechadas por la Reforma, y que á su turno desechaban tambien la mayor parte de la doctrina de la misma. Avergonzados al fin los nova-

dores de haber adoptado tales abuelos, renunciaron una filiacion igualmente deshonrosa como falsa, y se limitaron á sostener, que hubo siempre en el seno de la Iglesia católica, un cierto número de justos ocultos que profesaban secretamente los principios de la Reforma. Pero á esto respondian los católicos, si estos tales justos se ocultaron tan bien que no dejaron vestigio alguno, ¿cómo habeis descubierto vosotros, que han existido? ¿De qué modo habeis podido conocer vosotros con tanta precision las opiniones *ocultas* de hombres, que nadie ha conocido jamas? ¡Qué bella invencion, fundada con un rasgo de pluma, la de estos justos ignorados del mundo entero, para eludir un argumento tan molesto por tan concluyente! Admitiendo por un momento vuestra suposicion absurda, ni con ella respondeis á nada, ni remediáis nada; porque una porcion de justos *ocultos*, ni es, ni forma Iglesia visible; esta se compone de fieles, de pastores *que enseñan*; os intimamos que nos los mostreis. Vosotros no lo habeis hecho, no lo haceis, ni jamas lo haréis; con que vosotros no sois la verdadera Iglesia.

La verdadera Iglesia es universal, y vosotros sois de ayer, y cada una de vuestras sectas en sí considerada, no es apenas conocida en un rincón del globo; porque si contais, en Francia, Inglaterra y Alemania, en suposición de que se pueda, la multitud de doctrinas diversas, comprendidas bajo el nombre genérico de luteranismo, calvinismo, anglicanismo, etc.; casi cada familia os presentará una Religión diferente. Aspirais tan poco á la universalidad, que habeis dejado á la Iglesia antigua este glorioso dictado de *católica ó universal*, con que se hace ella distinguir de toda otra, y conocer por toda la tierra. Lo que peculiarmente os queda como propio es el espíritu particular, ese espíritu, que separa y divide hasta lo infinito; este y no otro es vuestro indeleble caracter, con que vosotros no sois la verdadera Iglesia.

Por último la verdadera Iglesia es apostólica, y vosotros, lejos de poder remontar hasta los apóstoles por una sucesión no interrumpida de pastores, que hayan enseñado en todos tiempos la misma fe; por vuestra confesión misma, no sois sucesores de nadie; no podeis nombrar por

espacio de quince siglos no solamente un solo pastor, pero ni un solo hombre, sea el que fuere, que haya tenido la Religión que vosotros; con que, lo repito, vosotros no sois la verdadera Iglesia.

La ignorancia y la necedad no se arredran á vista de ningun argumento; con hablar les parece haber respondido. Pero habia entre los teólogos reformados, hombres verdaderamente hábiles y de gran penetración, comprendieron estós muy luego, que, ó se debia renunciar de la Reforma, ó se debian mudar todas las ideas, que hasta entonces habian tenido los cristianos de la Iglesia.

Mestrezat¹ y Jacobo I^o bosquejaron el nuevo sistema. Claudio despues de ellos, probó á sostenerle, como último recurso, para corroborar á sus hermanos vacilantes. Háblales de « un cuerpo de cristianos, dividido en muchas comuniones particulares, al que aun en algun modo se le puede dar el nombre de Iglesia; porque todos

¹ *Traité de l'Église*, pag. 186 et 371.

² Véase *Réplique au cardinal Duperron*, cap. LX.

« los cristianos están todavía bajo cierto respecto
« en el recinto general de la vocacion del Evan-
« gelio ». » Parece que la conciencia de este mi-
nistro retenia su pluma á cada palabra. No ha-
bla sino temblando, dudando, *bajo un cierto
respecto*, dice él, *en algun modo*; como si hubiera
medio; como si Jesucristo, habiendo establecido
una sola y verdadera Iglesia, pudiera cualquier
otra sociedad *en algun modo, bajo un cierto res-
pecto* ser esta misma Iglesia establecida por
Jesucristo.

Mas atrevidamente absurdo, pero tambien
mas consecuente, Jurieu, á la vez sofista y pro-
feta, furioso controversista, y el terror de su
mismo partido, donde era temido por lo rigido
de su genio, y por la violencia de sus traspor-
tes; Jurieu se encargó de desenvolver llana-
mente el sistema no propuesto aun sino con
reserva.

Él sostuvo que la verdadera Iglesia, lejos de
formar una sociedad, distinta y separada de to-
das las otras, por el contrario, se compone de

1 *Défense de la Réforme*, pag. 200.

la reunion de todas las sectas cristianas, que ha-
cen profesion de creer ciertas verdades que lla-
ma él *fundamentales*. « Queremos, dice, que la
« Iglesia católica y universal esté esparcida por
« todas las sectas, y que tenga verdaderos miem-
« bros en todas aquellas sociedades, que no han
« trastornado el fundamento de la Religion cris-
« tiana; aunque se hallen tan desunidas que se
« excomulguen una á otra ». » No era una ne-
cesidad de poco momento la que forzaba á la
Reforma á precipitarse en esta doctrina. Estaba
reducida á la imposibilidad de hacer parte, (ni
aun á pretenderlo) de la verdadera Iglesia, esta-
blecida por Jesucristo, á menos de no introducir
con ella todos los errores, y aniquilar el Cristia-
nismo. No consiendiendo la verdadera Religion,
segun esta hipótesis rara, sino en un corto nú-
mero de dogmas, comunes á la mayor parte de
las sectas, y, por inmediata consecuencia, no
formando estas sectas mas que un solo cuerpo ú
sola una Iglesia, los argumentos de los católicos
se disipaban por sí mismos.

1 *Le vrai système de l'Eglise*, pag. 79.

Vosotros sostenéis que la verdadera Iglesia es una; y nosotros también, decían los reformados; pero esta unidad resulta de la creencia de las mismas verdades fundamentales: *viniendo á ser todo lo que se cree mas allá de ellas, materia de opinion y no materia de fe*¹, que no rompe la unidad necesaria.

Vosotros sostenéis, que la verdadera Iglesia de Cristo ha sido siempre *visible*; nosotros también: « Es verdad, que siempre hay en el mundo una Iglesia visible; pero es falso, que esta Iglesia sea una cierta comunión, distinta de todas las otras comuniones. La Iglesia ha estado siempre visible por todos los siglos en las comuniones, que, á pesar de su separación y los anatemas que unas contra otras se han fulminado, han conservado siempre las verdades fundamentales². »

Vosotros sostenéis, que la verdadera Iglesia es *universal*; y nosotros también: con gusto confesamos que este carácter *le es esencial*³. ¿ Pero

¹ *La Religion des Protestans une voie sûre au salut*, c. VI. 56.

² *Le vrai système de l'Eglise*, pag. 226.

³ *Accomplissement des prophéties*, por Jurieu, pag. 82.

qué universalidad mas completa que la de no tener como esta, otros límites que la extensión, no en una comunión, sino en todas las comuniones, que en todos los tiempos han conservado las verdades fundamentales?

Vosotros sostenéis, que la verdadera Iglesia es *apostólica*, y nosotros también, porque esto es una consecuencia evidente de su perpetuidad visible. Pero advertid, que nosotros no os acusamos hoy por desechar alguna verdad fundamental; luego vosotros sois miembros de la Iglesia; miembros enfermos, es verdad, mas, al fin miembros vivos; y á falta de otra sucesión constante, vosotros dais una, cuya legitimidad no negaréis segun parece.

No se puede menos de convenir, en que estas

¹ « Es necesario, dicen, recibir el ministerio de las manos de esta Iglesia; fuera de la que no se da el Espíritu Santo. Yo lo confieso. Pero esta Iglesia que da el derecho de ejercer el ministerio, no es ni Iglesia romana, ni griega, ni protestante, es la *Iglesia universal* que no da este derecho por sí misma; le da por las diversas sociedades cristianas, que viven bajo diversas confederaciones; y las cuales tienen cada una en sí misma, el poder de establecer el ministerio, para la edificación de sus pueblos. » *Le vrai système de l'Eglise*.

consecuencias se deducen claramente del sistema de Jurieu. Mas yo mostraré en el capítulo siguiente, que este sistema no puede sostenerse, y que la doctrina de los puntos fundamentales es destructiva de toda Religión, y de toda razón.

Considérese el espacio inmenso que habian ya recorrido los reformadores en la época donde llegamos. No puede medirlo el pensamiento sino temblando. ¡Cuán espantosa es la marcha del error! Ofendido Lutero de algunos abusos reales, en lugar de reconocer en ellos el efecto inevitable de las pasiones humanas, culpa á la doctrina misma. Ataca un punto de la fe católica, al parecer poco importante. ¡Espíritu débil, que no percibía el enlace riguroso de las verdades del Cristianismo! Apenas ha separado un anillo de esta cadena, cuando ya se le escapa la cadena entera. Un error llama á otro error. Ya no es contra algunos dogmas aislados que él se opone, de un solo golpe desquicia el fundamento de todos los dogmas. La tradición le incomoda, y la desecha, la Iglesia proscribela sus máximas, y niega la autoridad de la Iglesia, y declara, que

solo admite la Escritura como regla de fe; finalmente la Escritura misma le condena, y mutila con audacia los libros santos, excluyendo una epístola apostólica toda entera*, y cuando se le pregunta, ¿con qué derecho? responde con arrogancia: *Yo Martin Lutero, así lo quiero, así lo mando: sea mi voluntad en lugar de razón*. Segun esto Martin Lutero era no solo el fundador, el gefe de la Reforma, sino el Dios; pues que su voluntad, sin alguna otra razón, prevalecía contra las revelaciones divinas, consignadas en un documento auténtico y sagrado.

Con todo eso, varios discípulos suyos sacuden el yugo de hierro que trataba de imponerles. Oponiendo sus opiniones y orgullo al orgullo y opiniones de aquel, se burlan de sus furores y hacen trozos su imperio. Levántanse nuevas sectas, que al momento se dividen para subdividirse despues á lo infinito. Enséñase y niega se toda doctrina. No es mas grande la confusion del infierno, y su desorden mas espantoso. No pu-

* La Epístola de Santiago.

† *Ego Martinus Luther, sic volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas.*

diendo ya la Reforma sostenerse por sus propias fuerzas, desesperando de lograr el restablecimiento de la paz en su seno, llama en su auxilio á la Iglesia antigua que ha repudiado; llama á los hereges de todos los siglos, á sus numerosos hijos, y los junta en torno de sí con sus odios implacables, sus acaloradas animosidades, sus símbolos contradictorios, y de este incoherente amasijo de verdades y errores, se esfuerza para formar una sola Religion; se esfuerza para componer una sola Iglesia, de esta anarquía monstruosa de sectas, que mutuamente se combaten y destruyen, y de tantos partidos irreconciliables. ¡O vergüenza eterna de la razon humana! Si, ve aquí la verdadera Religion tan verdadera como es verdad que los pensamientos inconstantes del hombre son los inmutables pensamientos de Dios; ve aquí la verdadera Iglesia, que lo es tanto como el imperio dividido de Satanás es el Reino de Jesucristo. Pero, en fin, estas ideas habian prevalecido en la Reforma. Cedia ella muy á su pesar al ascendiente insuperable de sus máximas, y ofreciendo la paz á todos los errores, tolerándolo todo, y aun tambien la ver-

dad, se adelantaba á paso largo hácia la indiferencia absoluta de las Religiones, donde vamos á ver que el sistema de los artículos fundamentales conduce sin poder menos.